

MONTALVO FIALLOS, JUAN (1832-1889)

*EL CURA DE SANTA ENGRACIA*

Un día se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas: “Señor cura, mi marido se muere; ni sé qué hacerle, ni tengo para un medicamento; favorézcame.” El cura tomó su capa, su bastón nudoso, y salió con la mujer. “Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, ¿qué tiene? -Me muero, señor cura, me muero; confesión, misericordia.” Confesó el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo: “El alma está segura; ahora tratemos de salvar el cuerpo.” Salió volando, tomó de su botiquín las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo a esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría, pasó la noche a la cabecera del paciente, el cual expiró por la madrugada. “Señora Rosa, dijo a la mujer, yo sé que ustedes no tienen nada; el Señor es misericordioso; ocúpese usted en llorar a su marido; lo demás corre de mi cuenta.” Y fue así: mortaja, ataúd, entierro, todo lo dio y lo hizo. Al otro día, misa fúnebre, con cuanta solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea. “Mientras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos; gaste estos reales; si le faltan, venga al convento.” Iba a salir, y volviéndose de la puerta, preguntó: “¿Los niños siguen frecuentando la escuela? -Dos meses antes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban; nos llegó a faltar la mesada. -Que vuelvan, señora Rosa; yo la pagaré.” Y salió y se fue, llevando un santo dolor en el corazón.

Por la noche de ese mismo día una sombra se deslizaba pegada a la pared de la calle; iba de prisa, pero con pasos atentados, religiosos. Llegando a una puerta, adentro la persona. La familia de esa casa eran una anciana, dos muchachas y tres niños cubiertos de harapos. Tan luego como vieron comparecer allí al recién venido, la anciana y las muchachas se tiraron de rodillas ante él: “¿Señor cura, Dios le manda! Dos días ha que no comemos; los chiquillos no han podido vender ni una trenza ni un peine; en vano se han matado mis hijas. -Culpable soy, respondió el sacerdote; debí haber venido antes. -El último socorro, dijo la mujer, se ha concluido primero que el mes, a causa que pagamos una deuda de mi hermano Santiago para sacarle de la cárcel. -Me lo hubieran ustedes avisado, madre Rita; ¿cuál era la deuda del pobre Santiago? -Doce reales, señor. -¿Y por doce reales, repuso el cura, ha ido a la cárcel ese hombre de bien? -Y diga, señor, ¿cómo ha sido eso? -Caída en pedazos la pollera de mi Angela, dos domingos no había ido a misa la chiquilla; Santiago, viendo ese extremo, fue y sacó fiadas tres varas de bayeta; cumplido el plazo, entró a la cárcel.” Y la pobre mujer se echó a llorar. “¿Así, tan desnudas están estas criaturas?, volvió a decir el sacerdote; vístalas, señora; en casa tengo algunos géneros.” No los tenía; pero fue a casa de un mercachifle, sacó liencillo, bayeta, pañuelos, y los tuvo a prevención en el convento. Vino la madre de esas muchachas, Y besándole la mano a ese santo varón, y regándola con las lágrimas de sus ojos, se volvió que no cabía de contento.

Asomáronse una tarde unos forasteros por la plaza, y se quedaron en medio de ella como quienes no hubiesen hallado posada. Salió el cura, tiró hacia ellos, y dijo: “¿Qué es esto, amigos? ¿Por qué se plantan ustedes aquí? -En dos casas hemos pedido alojamiento, señor, y no lo hemos obtenido: nosotros somos tantos, y las casitas son tan estrechas. -La mía es espaciosa, señores;

sean ustedes servidos de honrarme con admitir en ella un plato y una mala cama.” Siguieron los forasteros al cura, y fueron tratados como los huéspedes de Abrahán, con buena voluntad. Donde reina el amor de Dios, no puede estar ausente el amor del prójimo, y en habiendo amor de Dios y el prójimo, nunca falta para las obras de misericordia. “Este hombre es un santo”, decían los forasteros, tanto más admirados cuanto le veían curar en persona, mudarle y servirle a uno como leproso que habían llevado a tomar baños termales al pie de un cerro. Cuando se fueron a todos les dio reliquias de la Virgen que pasaba por milagrosa: “Hijos míos, la fe tiene mucha fuerza; creed y esperad. Estos pequeños símbolos de la fe, creyendo, no en ellos sino en el poder de Dios, pueden alcanzar mucho de su bondad. El enfermo va mejorado; es humilde, sencillo, creyente; el agua ha sido el instrumento; la misericordia divina el móvil, la fuente de su salud. Idos, y acordaos que en este monte hay un hombre a quien podéis llamar hermano.”

Un día encontró a un pobre viejo que estaba llorando en la esquina de la calle; arrimado a la pared, era de partir el corazón ver a ese anciano tristemente vestido cómo gemía en silencio y se enjugaba las lágrimas con su áspero poncho. Las canas le caían por debajo del sombrero roto, casi hasta la espalda; las rodillas entreparecían limpias por los boquerones del pantalón. “Tío Mariano, ¿qué hay? ¿qué lágrimas son éstas? -Señor, responde el viejo, cómo no he de llorar; mi hijo, mi único hijo, Manuelito, está en el cuartel; le cogieron, le llevan de soldado ésos que vinieron ayer. Yo me puse por delante, por darle tiempo para que huyese; pero de un culatazo en el pecho, a tierra, y le amarran dándole de golpes. -Aguárdeme aquí, tío Mariano; luego vuelvo a darle noticia.” Enderezó el cura su camino hacia el cuartel y preguntó por “el señor comandante”. El señor comandante era un cholo de bigotes, bocamanga colorada y botoncitos amarillos en el hombro; tenía gorra y ceñía espada. “¿Qué dice el clérigo?, preguntó brutalmente al ver al cura. -Señor comandante, han tomado un mozo que es el apoyo de sus ancianos padres; la ley exceptúa a los hijos únicos del servicio militar. -Ésta es la ley, replicó el cholo, desenvainando su machete y vibrándolo en el rostro al sacerdote; si ese recluta es hijo único, vale veinte pesos, fraile, ya sabe.” El cura fue a su casa, trajo los veinte pesos, rescató al hijo único y se le entregó a su padre. “Que se vaya, dijo al anciano, que se oculte. El comandante le ha soltado por veinte pesos; luego le cogerá el capitán para vendérselo por quince.” El muchacho se arrodilló ante el sacerdote, después ante su padre, les besó la mano, y sin tiempo para ir a su casa tomó el camino, y trote trote, desapareció. Ya no le veía el pobre viejo, y todavía le estaba gritando: “¡Al monte, hijo, al monte!”

“Joaquín, yo sé que estás viviendo mal, le dijo el cura a un hombre de buen parecer que encontró en uno de sus paseos por la tarde; ¿por qué no te casas?” El mozo se encendió de vergüenza, Y, cabizbajo, respondió: “Me casara señor cura; mas ni para los derechos tengo, menos para poner casa. -De los derechos no hables, replicó el sacerdote; yo te los pago... En cuanto a lo demás, ¿te convendría una colocación en la hacienda del señor Ruiz de Borja? Este señor me ha suplicado le indique un hombre de bien y trabajo a quien él pueda confiar el cuidado de sus labranzas. -Señor cura, yo lo que quiero es trabajar y servir a Dios: si no me he casado ha sido de miedo de que me falte lo necesario.” El domingo próximo se hizo la primera amonestación; un mes después, Joaquín, emperijilado y atusado, alargaba la mano a una ojinegra de lo más donoso; una peineta de azófar se le alza a ésta sobre la coronilla a modo de cresta sublime, adorno elegante para aldea; orejeras de coral, collar de perlas falsas, manillas de granate. El encaje de las enaguas, propasando cuatro dedos del follado, forma el ruedo de ese gracioso vestido de mestiza limpia, la

cual pasó luego a ser “señora mayordoma” de la hacienda de Santa Eulalia, por obra del cura de la parroquia.

Saliendo de sus habitaciones a decir misa este sacerdote, oyó en el cementerio contiguo a la iglesia un ruido como el chis-chas del látigo, junto con los ayes de la víctima. Entra precipitadamente al dicho cementerio; un indio, tendido boca abajo, desnudo el cuerpo, está recibiendo los azotes que le da el verdugo. Grita desde lejos el párroco, vuela hacia ellos, toma por el pescuezo al ejecutor, échale en tierra, písale, hierve en santa cólera. El que mandaba este bárbaro castigo, asesinato de la vergüenza, era otro indio de más porte que tenía en la mano un bastón con empuñadura y casquillo de plata; era el alcalde. “Señor cura, dijo el alcalde, este mitayu faltó el domingo a la doctrina. -¿Y no sabes que el azote está prohibido por la ley, malvado? ¿Y no te he dicho mil veces que si me tocas a un pelo a uno de mis feligreses te he de matar?” Asíó entonces con ímpetu la vara del alcalde, y le dio a su dueño tal voleo de palos que no le dolieron tanto como al otro los azotes, pero que le dejaron escarmentado al indio abusivo y cruel. Esa cólera es santa; si hay quien repruebe estos palos, tenga a bien llevar esotros ramalazos.

“Señor cura, vengo a concertar los derechos; mi suegra murió esta mañana. -Ustedes no son pobres, respondió el cura; ¿puedes ceñirte al arancel?- Una rebajita, señor cura. -Da lo que quieras, hijo; yo no busco sino el pan de cada día.”

“¡Señor cura, señor cura!, anoche han botado este niño en mi casa; yo no puedo criarle; voy a echarle en la calle. -¡Bárbara!, en la calle... ¿Sabes lo que dices? Yo tengo madre; ella le tomará a su cargo: déjamele.” Y apoderándose de la inerte criatura con la solicitud de una apasionada nodriza, corrió para adentro gritando: “Señora, señora madre, ¡Dios nos envía un huésped! Los niños son bendición del cielo; inocencia y esperanza en ellos residen.” Una buena anciana vestida de negro salió a las voces del cura, y dijo: “¿Qué es? ¿Qué niño es ése? -Un expósito, señora; el que no tiene padres y el que no tiene hijos, hermanos son; éste es mi hermano; críemele vuestra merced como me crió a mí mismo.” Tomó la señora al huérfano en los brazos, vio resplandecer en sus ojos la recompensa de la caridad, y dándole mil besos en la frente: “Esto era lo que me hacía falta, un niño, un hijo tierno, un ángel doméstico que mantenga la pureza del hogar.”

Un matrimonio alborotado comparece ante el cura: “Me ha dicho ladrón, señor cura. -¿Y él, y él?, pregúntele qué me ha dicho, señor. -Yo, la madre de sus hijos, su mujer propia, una callejera, trotaconventos, una... -Mi honra, señor cura, mi honra primero que todo. Véale esa cara... don bebedor, don borracho, te he de arrancar los ojos!”

-¡En mi presencia, mujer! exclama el cura. -Ya la conoce, señor, agrega el marido; nada es lo que aquí está diciendo la atrevida; a voz en grito, en la calle, me dijo que me había robado la custodia.

-¿Qué custodia?, pregunta el cura volviéndose a la mujer; ¿cuándo han robado aquí la custodia?

-No es eso, señor cura, sino que el pícaro me dijo la mala palabra, esa que no puedo repetir ante vueseñoría.

-¡Gervasio! ¿Así deshonras a tu esposa? ¿Luego tus hijos no son tuyos?

-Falso, señor cura; ¿cómo había yo de decir eso? La honra de mi mujer es la mía propia.

-Otro tanto debes decir tú, Dolores; la honra de tu marido es tu propia honra. ¿Cómo le tratas de ladrón?

Pensad en criar bien a vuestros hijos, antes que darles estos ejemplos que los pueden corromper y pervertir. Con que el marido es para su mujer un ladrón, y la mujer para su marido una...vagamunda! ¿Y vuestros hijos? ¿Y Dios?

-Así es, señor cura, responde la mujer, llorando ya y enjugándose los ojos con el rebozo. -Así es, señor cura, repite el marido con voz temblorosa y afligida.- Vamos, Gervasio, abraza a tu mujer. Gervasio se le acerca tímido; salta ella sobre él y le echa los brazos al cuello. La paz fue firmada por más de un mes, y no hubo trapisonada, pues el cura, fiador, cuidaba de que la cultivasen, haciendo visitas continuas a los beligerantes.

Dos escuelas tenía la aldea, una de varones, otra de mujeres; visitábalas el cura periódicamente, un sábado la una, otro sábado la otra, habiendo establecido en ellas, acorde con el institutor, exámenes privados que llamaron sabatinas. Para el pundonor, el estímulo era un certificado con firma del señor cura y del maestro, el cual servía de mucho para con los padres del alumno que lo alcanzaba favorable, y de gran perjuicio respecto de los que salían con tachas y censuras. Para el interés, el párroco estableció tres premios, el primero de a diez reales, el segundo de a seis y el tercero de a cuatro. Para el temor, las penas iban enderezadas a la vergüenza, y de ninguna manera al martirio físico. “El cuerpo nada tiene que ver en la educación del alma, decía el clérigo; para enseñar a los animales y adiestrarlos, sea en buen hora el látigo; los móviles de la inteligencia, otros son; no me curta usted a los niños, señor maestro, con penas corporales; lo que hacen de miedo, lo hacen mal; y ningún mérito hay en obligarlos a una cosa contra su voluntad; lo que conviene es hacerles querer y desear lo bueno; esto lo conseguimos de muy distinta manera que con el necio rigor que tuerce el más recto natural, y estraga desde el principio el corazón más bien formado.” Así es que de esas escuelas salían hombres llenos de pundonor, aficionados al trabajo y amigos de su deber, y mujeres de obligaciones, tan hacendosas y virtuosas, que los pueblos vecinos las buscaban y pedían su mano de rodillas.

Este cumplido sacerdote, este hombre de paz y caridad, como tiene el alma limpia, gusta del aseo del cuerpo y la atildadura de costumbres. Su mansión es una concha; el guarda-casa está en pie a las cuatro de la mañana, y la barre desde el zaguán hasta el corral; los corredores siempre nuevos, a fuerza de cuidado; los aposentos, sencillos, casi pobres, ofrecen el confort del orden primoroso que reina en ellos. Las tapias del jardín, ocultas tras un espeso enramado de plantas trepadoras, tienen aspecto de murallas de esmeralda donde resplandecen estrellitas de diferentes colores, como son la azul pasionaria, el amarillo mastuerzo y el blanco jazmín que inunda el barrio con su fragancia saludable. Los gansos dan gritos prolongados y tristes allá lejos en la huerta; las gallinas cacarean en el traspatio. Perro bravo, no hay; el tesoro del cura son las virtudes, y éstas no tientan a los malhechores; pero sí un viejo mastín, gordo y pacífico, que a fuerza de años y de lecciones ha perdido su fiereza, y no sirve sino para simbolizar la fidelidad,

tendido en medio del patio, o bien sentado como león en el umbral de la puerta de calle. El cura está de pies a las cinco: se lava rostro, manos y brazos cada día infaliblemente, no le suceda lo que al derbis que salió una vez sin haber hecho las abluciones que tanto agradan a la Divinidad. Dice misa a las seis; se queda en el confesonario hasta las ocho; de allí para adelante visita a los enfermos; vuelve a su casa a las diez, y hace su primera refección, la cual consiste en dos huevos tibios, un vaso de leche y un pan. Sabe que el chocolate es contra la castidad, y se abstiene de él, aunque le gusta. Imposible fuera notar una mancha en sus manteles; cada borrón es un pecado, cada arruga una vergüenza. Paños sucios, alma puerca. Los vasos son para verse el rostro en ellos; Horacio no tendría nada que decir.

La leche de su mesa es de la vaca que ordeña allí mismo una indiecita de admirable pulcritud y frescura, la flor, la espuma, el primer jarro, no es para él, sino para la enferma vecina que se duele del pecho. Los vegetales de su huerto, las raíces de su arada componen su comida; papas gruesas, reventadas, derramando suave harina; coliflor pomposa, sembrada con sus manos; es una maceta de ofrecer al altar ese repollo lujuriente lleno de jugos nutritivos. Granos tiernos de sencillo condimento; dulce de frutas; agua pura del arroyo. Vino, jamás; licores fuertes, menos; esos son fracasos de la templanza, buitrones de las virtudes. El tabaco..., el tabaco..., soporífero infame que entorpece el cerebro, ensucia boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios; ver un clérigo con el cigarro en los dientes, echando humo y saliva, es hasta irreligioso de su parte. Fume el soldado, fume el viejo, fume el que pasó la edad del amor; la mujer hermosa, el hombre pulcro, el enamorado, no fumen, o desbaratan sus prendas y sus esperanzas. El cura de Santa Engracia no sabe fumar, no bebe humo ni echa inmundicias por los labios. Como es leído, sabe que los trabajos intelectuales no se compadecen con la salud, sin el modo y el pulso que en ellos gastan los prudentes; después de comer, dos horas de paseo calmoso y grave; anda solo; la soledad es una musa; medita, al tiempo que va andando; recoge ideas, levanta el pensamiento al cielo; recibe en el alma los arreboles del occidente cuando el sol se ha puesto, y abrigada con esos colores que comunican uno como calor divino, vuelve al convento con santa melancolía. No lee sino dos horas por la noche; su sueño, como de varón justo, es el de un niño. Torna la aurora, torna él a sus obligaciones y costumbres.